

INTRODUCCIÓN

.....

Escribir sobre el pensamiento de Michel de Certeau es una tarea de antemano "imposible"; paradójicamente, esto lo saben mejor quienes más conocen su obra. Entre la oralidad y la escritura, la ficción y la ciencia, el lugar que autoriza y el no lugar, el pasado y el presente, circula el discurso de este autor, quien atribuiría tal "imposibilidad" al "lugar del tiempo". Sin embargo, él mismo nos propone cómo enfrentar ésta cuando, al referirse justamente al binomio ciencia-ficción en la historiografía, afirma lo siguiente: "Esta combinación se ve frecuentemente como el efecto de una arqueología que debería eliminarse poco a poco de la buena ciencia, o como un 'mal necesario' que se tolera como una enfermedad incurable. Pero puede también, como yo lo creo, constituir el indicio de un estatuto epistemológico propio, y en consecuencia de una función y de una cientificidad a reconocer en ellas mismas [...] La formación discursiva que aparece entonces es un *entre dos*".¹

Esta afirmación puede comprenderse a la luz de la inquietud que, como un puente, se tiende desde *La toma de la palabra* hasta *La fábula mística*, una inquietud que obsesiona a Michel de Certeau: "el riesgo de existir". Si el riesgo de existir se transforma en una forma de pensar, lo podríamos caracterizar como una inteligencia que sabe que ninguna conclusión es un puerto de llegada seguro o definitivo. Al contrario, cada conclusión que se deriva de un estudio sólo tiene sentido porque se convierte en punto de partida. Riesgo en el pensar y riesgo en el vivir; quizá esos dos riesgos no son más que uno solo: la búsqueda de lo otro, de aquello que viene a alterar un modo de ser. De Certeau siempre supo que "pensar era pasar por lo otro"; esto es, pensar

¹ Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, tr. de Alfonso Mendiola y Marcela Cinta, México, Uia-Departamento de Historia/ITESO, 1995. p. 16.

es un riesgo porque nunca se sabe a dónde nos va a llevar. Eso otro —que gramaticalmente está determinado por el artículo neutro “lo”, pues de esa manera se deja abierto aquello que nos llega— debe ser entendido como indeterminación. Indeterminación en el sentido de lo inesperado; dicho de otra manera: lo otro en tanto que otro es siempre lo que no se espera, la incertidumbre. Pensar y vivir, para “el caminante herido”, es poner atención en la singularidad de todo acontecimiento. Un intelectual que asume el riesgo de dejarse alterar, sin poder prever quién será después de esa metamorfosis. Para Michel de Certeau la vida sólo es devenir, “otro”, en cada amanecer.

Los autores de los cuatro ensayos que aquí introduzco sabían y asumieron el riesgo de dejarse alterar por “Michel —otro”, y desde ahí quieren mostrar, hasta donde la escritura lo permite, su pensamiento en tránsito. ¿Cómo mostrar algo que está en tránsito? Este enigma —“todo está en devenir”— De Certeau lo planteó con rigor en *La invención de lo cotidiano* al hacer la distinción entre lugar y espacio. Mientras en un lugar las cosas y las personas están unas al lado de las otras, en el espacio las cosas y las personas están unas dentro de las otras. El espacio, según De Certeau, se debe entender como una *serie* o *secuencia* de trayectorias. Aun más, el espacio es lo que se habita, en tanto que el lugar es lo que se observa. Esta diferencia entre habitar y observar —nuevo binomio— se convierte en su obra en dos maneras opuestas de conocer: una, la del participante, y otra, la del que desde “las alturas” mira lo que sucede. Este último produce el artificio de la totalidad con el fin de controlar, colonizar, manipular, en una palabra, administrar, el lugar. En cambio, el que conoce participando, sabe que sólo tiene acceso a lo fragmentario, esto es, al lugar del otro; el espacio es siempre este lugar: trayectoria e instante.

Lo que se encontrará en este libro —en tanto que el tránsito sólo se puede mostrar al contar las trayectorias que se siguieron— son las narraciones de los desplazamientos del pensar “decertoniano”; y hay que tener presente que las trayectorias sólo se pueden repetir en el pensar, porque el que las cuenta se sitúa en el cuerpo que las recorrió. Siguiendo la distinción de De Certeau, podemos sostener que “contar un espacio que se habita” sólo es posible a partir de la imaginación —quizá detrás se encuentra la famosa “composición de lugar” de los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola— en la que se repiten la acción o las acciones realizadas. Contar una trayectoria implica volverla a recorrer, pero ahora en el espacio de la imaginación narrativa. Así, narrar se convierte en un volver a hacer, y esto es lo que nos ofrecen los cuatro ensayos que componen esta publicación. Al contar las trayectorias de los espacios surcados por Michel de Certeau se re-ocupa su lugar, cada uno de los autores de estos ensayos habita el lugar de ese otro. Dicho de otra manera: ¿quién

habla en cada ensayo?, ¿su autor o I
ambos, en tanto que constituyen un

En este “diálogo” con el muer
de Certeau como el pensador del exili
está conformado por la trayectoria c
papel, ya que el desplazamiento se da

Por su parte Alfonso Mendiola
del concepto de “creencia”, el cual la
“creer” es el acto de aceptar que se est
es asumir ciertas verdades, sino saber
uno.

En el ensayo de Fernando G
maneras de rememorar un acto funda
en la figura de Moisés, hasta la creaci
la fundación de la Compañía de Jesú
una tradición. Tradición que, según
articular con el presente que la revive

Por último en el ensayo de Luis
se cruzan en distintos momentos: po
la del propio de Certeau. Quizá, con
Michel de Certeau y Michel de Cert
en el lugar del otro. “De la exuberan
jesuita— al cuidado de los trazos del a
de *Tiempo y narración*”.

Sólo espero que estas cuatro tra
para asumir lo único que se tiene qu
seguramente nuestros autores sentirá
escribir.

habla en cada ensayo?, ¿su autor o De Certeau?: ni el uno ni el otro, sino ambos, en tanto que constituyen un "entre dos".

En este "diálogo" con el muerto, François Dosse caracteriza a Michel de Certeau como el pensador del exilio. Para Dosse el pensamiento del jesuita está conformado por la trayectoria del viajero, sólo que aquí se viaja en el papel, ya que el desplazamiento se da a través de la escritura.

Por su parte Alfonso Mendiola recorre la obra de este "escritor" a partir del concepto de "creencia", el cual la articula de principio a fin. La forma "creer" es el acto de aceptar que se está siempre sustentado en otro. Creer no es asumir ciertas verdades, sino saber que alguien (un fiador) responde por uno.

En el ensayo de Fernando González se reflexiona sobre las distintas maneras de recordar un acto fundante. Desde el origen del mundo judío, en la figura de Moisés, hasta la creación de la Escuela lacaniana, pasando por la fundación de la Compañía de Jesús, se estudian las formas de transmitir una tradición. Tradición que, según de De Certeau, siempre es necesario articular con el presente que la revive.

Por último en el ensayo de Luis Vergara se siguen dos trayectorias que se cruzan en distintos momentos: por un lado la de Ricoeur y por el otro la del propio de Certeau. Quizá, como lo señala Vergara, Paul Ricoeur en Michel de Certeau y Michel de Certeau en Paul Ricoeur; una vez más, uno en el lugar del otro. "De la exuberancia del orfebre —figura dionisiaca del jesuita— al cuidado de los trazos del arquitecto —la figura apolínea del autor de *Tiempo y narración*".

Sólo espero que estas cuatro trayectorias sean una renovada invitación para asumir lo único que se tiene que asumir: el riesgo de existir. Con ello seguramente nuestros autores sentirán que ha valido la pena el riesgo de escribir.

Perla Chinchilla Pawling